
Prólogo

Los ensayos recogidos aquí tienen su origen en una serie de conferencias pronunciadas en Chile en octubre de 2006 y publicadas en español en 2009 por EDUFRO, Universidad de la Frontera (Temuco), con el título *Neoliberalismo y Globalización*. Tenía la intención de prepararlas para su publicación en inglés, pero no pude hacerlo durante algún tiempo. Puestas al día a principios de 2010 y consideradamente ampliadas, son los tres primeros capítulos que aparecen aquí. El capítulo 4, que completa la primera parte, está basado en una videoconferencia de la VII Cumbre Social para la Unidad de América Latina y el Caribe, celebrada en Caracas el 24 de septiembre de 2008, también puesta al día y ampliada. La primera parte se centra sobre todo en América Latina y las relaciones de Estados Unidos con el subcontinente.

La segunda parte está compuesta de conferencias y artículos, ampliados y revisados, que van desde 2008 a 2009, puestos al día también en 2010 y dedicados a una serie de temas que guardan relación entre sí, como los asuntos internacionales e internos de Estados Unidos. Unas primeras versiones de los capítulos 5, 9 y 11 aparecieron en *Z Magazine*, y el capítulo 7, en *International Socialist Review*. El capítulo 12 se inspira en charlas pronunciadas en octubre y noviembre de 2009, en el Reino Unido e Irlanda y en el Boston College (30 de noviembre), en la conmemoración de los asesinatos del 16 de noviembre de 1989.

PRIMERA PARTE

América Latina

I

Año 514: globalización, ¿para quién?

Los asuntos humanos avanzan por sus intrincados caminos, siempre variados e imprevisibles, pero en ocasiones sucede algo que se puede interpretar como un brusco cambio de sentido de la historia. Ha habido varios sucesos así en los últimos años. En Occidente es casi un lugar común decir que después del 11 de septiembre de 2001 nada volverá a ser igual. La caída del Muro de Berlín, en 1989, fue otro acontecimiento al que se le otorgó este elevado estatus. Habría mucho que decir sobre los dos casos, tanto sobre el mito como sobre la realidad. Pero cuando me refiero al año 514 está claro que pienso en otra cosa: el año 1492, que, sin ninguna duda, le dio un rumbo radicalmente nuevo a la historia del mundo, con unas consecuencias pasmosas y duraderas.

Como sabemos, los viajes de Colón abrieron el camino a la conquista europea del hemisferio occidental, lo que acarreó terribles consecuencias a la población indígena y, al poco tiempo, a los africanos a quienes se trajo aquí en uno de los episodios más infames de la historia. Vasco da Gama no tardó en abrir el camino para llevar a África y Asia «la salvaje injusticia de los europeos», por tomar prestada la triste frase que usó Adam Smith al referirse, sobre todo, a los terribles crímenes de Gran Bretaña en la India, evidentes ya incluso en aquellos días. También en 1492, los conquistadores cristianos extendieron su bárbaro influjo a la civilización más avanzada y tolerante de Europa, la España mora, lo que obligó a los judíos a huir o convertirse a la civilización impuesta por la In-

quisición e inició una amplia limpieza étnica de la población musulmana (los «moros»), al tiempo que se destruía la mayor parte de los archivos de la sabiduría clásica que esta población había preservado y desarrollado, de forma muy parecida a lo que hicieron la invasión mongola de Irak, dos siglos antes, o la incluso peor destrucción de los tesoros de la civilización durante la invasión de Irak por parte de Estados Unidos y Gran Bretaña, que continúa cobrándose un altísimo precio.¹ La conquista de la mayor parte del mundo por Europa y sus retoños ha sido el tema principal de la historia del mundo desde entonces.

Las razones básicas de los extraordinarios éxitos militares europeos son fáciles de comprender. Una fue la mugre de los europeos, que causó epidemias que diezmaron las poblaciones mucho más sanas del hemisferio occidental.² Aparte de las enfermedades, «gracias a su superioridad militar, y no a cualquier superioridad social, moral o natural, los pueblos blancos del mundo consiguieron crear y consolidar la primera hegemonía global de la historia, por breve que fuera», observa el historiador militar Geoffrey Parker.³ Continúa diciendo que, desde América al Sudeste Asiático, la población estaba estupefacta ante el salvajismo de los europeos e «igualmente horrorizada por la furia bélica europea, que todo lo destruía». Las víctimas estaban lejos de ser sociedades pacifistas, pero el salvajismo europeo era algo nuevo, no tanto en lo relativo a la tecnología empleada como en su espíritu. La frase de Parker, «por breve que fuera», podría resultar correcta, en un sentido mucho más macabro del que él le daba. Algunos de los analistas más destacados y sensatos de Estados Unidos advierten de la «destrucción final» o incluso del «apocalipsis inminente» que podría producirse si el gobierno persiste en su agresivo militarismo.⁴ Además hay que añadir el formidable auge, a no demasiada distancia, de la amenaza de una catástrofe medioambiental antropogénica.

La conquista global ha creado, en gran medida, la distancia que hay en la actualidad entre el norte y el sur (es decir, las sociedades ricas y desarrolladas y el resto del mundo). La erudición y la ciencia están empezando a dar a conocer datos que la arrogancia imperial nos había ocultado. Están descubriendo que, en la época

en que llegaron los europeos, y mucho antes, el hemisferio occidental era la cuna de algunas de las civilizaciones más avanzadas del mundo. En el país más pobre de Sudamérica, los arqueólogos empiezan a creer que en el este de Bolivia había una sociedad rica, sofisticada y compleja, de quizá medio millón de habitantes. En sus propias palabras, fue el emplazamiento de «uno de los ambientes artificiales más grandes, extraños y ecológicamente ricos de la faz de la tierra, con carreteras y canales, ciudades espaciosas y bien diseñadas y una riqueza considerable», y creó un paisaje que era «una de las obras de arte más grandes de la humanidad, una obra maestra». En los Andes peruanos, los incas ya habían forjado el imperio más grande del mundo hacia 1491, mayor en escala que el chino, el ruso, el otomano y otros imperios, mucho mayor que cualquier estado europeo y dotado asimismo de extraordinarios logros artísticos, agrícolas y demás.⁵

Uno de los fenómenos más apasionantes de las últimas décadas es el resurgimiento de las culturas y lenguas indígenas, así como la lucha por los derechos comunales y políticos. Los logros que se han obtenido en Sudamérica han sido particularmente espectaculares. Por todo el hemisferio y en otros lugares hay movimientos indígenas que reivindican el derecho a la tierra y otros derechos civiles y humanos que les negaron unos estados represores y, con frecuencia, asesinos. Esto sucede incluso donde las comunidades indígenas apenas sobrevivieron a la conquista, como es el caso de Estados Unidos, donde la población anterior al contacto, quizá siete millones o más, había quedado reducida a unos pocos cientos de miles en 1900. Apenas es preciso mencionar que los problemas están muy vivos aquí mismo, en Temuco, en la frontera con los mapuches.

Mi propio departamento en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) ha desempeñado un papel importante en este resurgimiento, gracias al extraordinario trabajo del difunto Kenneth Hale. Aparte de trabajar en asuntos relativos a los derechos humanos de las poblaciones indígenas de las Américas y Australia, y de sus aportaciones fundamentales al estudio de sus lenguas y la teoría lingüística, también sacó de las reservas a gentes que apenas habían tenido

acceso a la educación y dedicó un gran esfuerzo a ayudarlos a conseguir títulos de doctorado en programas muy exigentes, con tesis escritas en sus propias lenguas que superaban cualquier cosa que se hubiera publicado antes, tanto en profundidad como en refinamiento. Estas personas volvieron a casa y han creado programas educativos y culturales, varios de los cuales han prosperado, revitalizando comunidades marginadas y ayudándolas a ampliar sus derechos. Tan sólo mencionaré un logro realmente espectacular. Una de las lenguas más importantes de la Nueva Inglaterra anterior a la conquista era el wampanoag. Este pueblo fue, en su mayoría, expulsado de sus tierras o asesinado, y se puso precio a sus cabezas, mientras que los primeros colonos ingleses vendieron como esclavos a los hombres, mujeres y niños que se rindieron y no quisieron luchar.⁶ El último hablante conocido murió hace un siglo. Hale y algunos de sus alumnos consiguieron reconstruir el lenguaje por medio de pruebas textuales y comparativas. El principal colaborador de Hale fue una mujer wampanoag, Jesse Little Doe, que le ayudó a reconstruir el idioma y luego lo aprendió. En lo que fue un monumento en honor de Hale, le rindió homenaje hablando con fluidez en wampanoag; además llevó con ella a su hija de dos años, el primer hablante nativo que tenía la lengua en un siglo. Hay fundadas esperanzas de que la cultura y la comunidad florezcan y encuentren su lugar apropiado en el seno de la sociedad más amplia, de modo que esta sea un modelo de lo que se podría conseguir en otros lugares.

En el otro extremo del mundo, en la época de las conquistas europeas, China y la India eran los principales centros industriales y comerciales del mundo, muy por delante de Europa en lo relativo a la sanidad pública y, probablemente, en la complejidad y dimensión de los sistemas de mercado y zonas de comercio. Es posible que la esperanza de vida de Japón fuera más alta que la de Europa.⁷ Inglaterra intentaba ponerse a su nivel en producción de textiles y otras manufacturas, y se apropió de los conocimientos de la India y otros países recurriendo a métodos que ahora llamamos «piratería» y que están prohibidos por los tratados de comercio internacional que impusieron los estados ricos bajo la cínica ficción del «libre comercio».

Estados Unidos utilizó decididamente los mismos mecanismos de «piratería» y proteccionismo, igual que han hecho otros estados desarrollados. Gran Bretaña se dedicó, además, a la auténtica piratería, que ahora se considera uno de los crímenes internacionales más atroces. El más admirado de los piratas ingleses fue sir Francis Drake. El botín que se llevó a casa «bien puede considerarse la fuente y origen de las inversiones exteriores británicas», según la conclusión a la que llegó John Maynard Keynes.⁸

Al final, Inglaterra adoptó una forma de «libre comercio» en 1846, después de que siglos de proteccionismo e intervencionismo estatal en materia económica le hubieran dado una enorme ventaja sobre sus competidores, mientras destruía las manufacturas indias mediante unos elevados aranceles protectores y otros medios, como había hecho antes en Irlanda. Estados Unidos adoptó el libre comercio un siglo después, por razones parecidas. Pero, en ambos casos, los compromisos del «libre comercio» estaban cuidadosamente protegidos, un asunto al que volveremos. En general, y valiéndose de una extensiva intervención estatal y violencia en casa, más la barbarie y la liberalización impuestas en las zonas conquistadas, Europa y sus retoños se convirtieron en ricas sociedades desarrolladas, mientras que las regiones conquistadas se convertían en el «Tercer Mundo», el sur. Aunque la historia es demasiado compleja para reducirla a sólo unos cuantos factores, estos han sido los más destacados.

Los efectos han sido dramáticos, y a veces sobrecogedores. Tomemos como ejemplo el país más pobre del hemisferio occidental, Haití, que quizá tarde unas cuantas generaciones en volver a ser habitable. Fue probablemente la colonia más rica del mundo, fuente de gran parte de la riqueza de Francia. En 1789 producía el 75 por ciento del azúcar del mundo y era probablemente líder mundial en producción de algodón —el «petróleo» de la primera revolución industrial—, así como de otros valiosos productos básicos. La economía de las plantaciones esclavistas puso en marcha el proceso de destrucción de las tierras de cultivo y los bosques que ha continuado desde entonces, que la política imperial hizo más intenso. Los buques franceses regresaban con sus cargamentos de

esclavos y se iban con madera haitiana. La destrucción de los bosques por los gobernantes franceses, más tarde impulsada por la pobreza, hizo que la tierra se erosionara, lo que acarreó una mayor destrucción. Después de una lucha devastadora contra los ejércitos de Francia y Gran Bretaña, que Estados Unidos apoyó, la colonia consiguió su libertad en 1804, y se convirtió en el primer país de hombres libres del hemisferio, veinte años después de que la sociedad esclavista que ahora domina el mundo se liberara de Inglaterra. Los haitianos tuvieron que pagar un amargo precio por el delito de su liberación. Estados Unidos se negó a reconocer a esta peligrosa sociedad libre hasta 1862, cuando también reconoció a Liberia, por la misma razón: los esclavos estaban siendo liberados y había esperanzas de que el país pudiera mantenerse libre de la contaminación de los no blancos, por lo que los exportaban a su lugar de origen. El proyecto murió cuando se encontraron medios para reinstaurar una nueva forma de esclavitud mediante la criminalización de la vida de los negros, una importante contribución de la revolución industrial americana, que se prolongó hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando se necesitó «mano de obra libre» para la industria militar. Francia impuso una enorme indemnización a Haití por haberse liberado del sanguinario dominio francés, una carga que nunca ha podido superar. El mundo civilizado estuvo de acuerdo en que el castigo impuesto por Francia a Haití era justo, y sigue estándolo. Hace unos años, el presidente de Haití, Jean-Bertrand Aristide, preguntó educadamente a Francia si no había llegado el momento de que compensaran a los haitianos por esta deuda atroz, por poca que fuera la cantidad. Francia se indignó y no tardó en unirse a Washington para derrocar, en 2004, el gobierno de Haití, que había sido elegido democráticamente, e instaurar un nuevo reino del terror en esa castigada sociedad.⁹

Las consecuencias inmediatas fueron investigadas por la Facultad de Derecho de la Universidad de Miami, que descubrió que «muchos haitianos, en especial los que viven en las barriadas pobres, luchan ahora contra un horror inhumano [ya que] un terror de pesadilla acompaña a los más pobres de Haití en su lucha por sobrevivir en la miseria [en] un ciclo de violencia [alimentado por]

las instituciones de seguridad y justicia de Haití». En agosto de 2006, la primera revista médica del mundo, *Lancet*, publicó un estudio acerca de los abusos contra los derechos humanos cometidos desde el derrocamiento del gobierno, en febrero de 2004, hasta diciembre de 2005. Los investigadores averiguaron que durante este periodo se asesinó a unas 8.000 personas (alrededor de 12 al día), que los asaltos sexuales eran algo corriente, en especial contra los niños, con unos datos que señalaban que 35.000 mujeres y niñas habían sido violadas, sólo en la zona de Puerto Príncipe. Las atrocidades se atribuían principalmente a criminales, a la Policía Nacional de Haití y a los miembros de la fuerza de paz de Naciones Unidas. Encontraron muy pocas atribuibles a los partidarios de Aristide Lavalas. El estudio pasó inadvertido en Estados Unidos y despertó muy poco interés en otros lugares.¹⁰

El peor de los muchos desastres que se han cernido sobre Haití desde su liberación tal vez haya sido la invasión de Woodrow Wilson en 1915, en la que prácticamente restauró la esclavitud, mató a miles de personas —15.000, según el historiador haitiano Roger Gaillard— y abrió el país para que se apoderaran de él las corporaciones de Estados Unidos. La destrozada sociedad quedó en manos de una Guardia Nacional criminal, entrenada en Estados Unidos, que servía a los intereses de las élites haitianas, formadas por mulatos y blancos, que son incluso más depredadoras y rapaces de lo que es normal en América Latina y que por lo general se apropian de las ayudas enviadas al país. Es este uno de los muchos triunfos de lo que pasó a la historia como «idealismo wilsoniano» o «wilsonianismo».

La toma del poder en Haití por parte de las corporaciones estadounidenses se consumó al disolverse el Parlamento, bajo la amenaza de las armas de los marines de Estados Unidos, cuando se negó a acceder a las exigencias de que aceptaran una constitución redactada en Estados Unidos que permitiese estas medidas «progresistas». Es cierto que los ocupantes llevaron a cabo un referéndum, en el cual sus demandas recibieron una aprobación del 99,9 por ciento de los votantes, aunque con una participación del 5 por ciento de la población. Había consenso al aceptar que las medidas

eran progresistas. Como explicó el Departamento de Estado, los haitianos eran un «pueblo inferior» y «es obvio que si nuestra ocupación tiene que resultar beneficiosa para Haití y promover el progreso, es necesario que el capital extranjero acuda a Haití. [...] No se puede esperar que los estadounidenses inviertan su dinero en plantaciones y grandes empresas agrícolas en Haití, si ellos mismos no pueden ser los propietarios de las tierras en las cuales van a gastar su dinero». Así pues, Estados Unidos, movido por un sincero deseo de ayudar a los afligidos haitianos, los obligó a punta de pistola a permitir que los inversores estadounidenses se apoderaran de su país mediante una «intervención generosa» que se llevó a cabo de una «manera paternal», sin pensar en absoluto en «ventajas preferenciales, comerciales o de otro tipo» para nosotros mismos (*The New York Times*).

El terror y la represión aumentaron durante el gobierno de la Guardia Nacional y las dictaduras de los Duvalier, mientras las élites prosperaban, aisladas del país que ayudaban a robar. Cuando Reagan asumió la presidencia, USAID (Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional) y el Banco Mundial instituyeron programas para convertir Haití en el «Taiwán del Caribe», mediante la adhesión al sagrado principio de la ventaja competitiva: Haití importaría alimentos y otros bienes de consumo de Estados Unidos, mientras que los obreros, sobre todo mujeres, trabajaban en duras condiciones en las plantas de montaje propiedad de Estados Unidos. Como explicaba el Banco Mundial en un informe de 1985, con esta estrategia de desarrollo, orientada a la exportación, el consumo interno debía «restringirse de forma notable, a fin de desviar a la exportación la parte que requería el aumento de producción», y se hacía hincapié en la «expansión de las empresas privadas», mientras que por otro lado debían «minimizarse» el apoyo a la educación y privatizarse los «objetivos sociales» todavía existentes. «Hay que apoyar los proyectos privados que den un alto rendimiento económico» antes que al «gasto público en los sectores sociales» y «se debe insistir menos en los objetivos sociales que aumentan el consumo». En cambio, el Estado desarrollista de Taiwán, libre del control extranjero, seguía una política radicalmente dife-

rente, llevando las inversiones a las zonas rurales para aumentar el consumo y evitar el flujo migratorio de campesinos hacia los míseros barrios bajos de las ciudades, una consecuencia obvia de las medidas progresivas dictadas por Haití, que seguía siendo Haití y no Taiwán. Los desastres posteriores, entre ellos el terremoto de enero de 2010, son fundamentalmente obra del hombre, consecuencia de estas decisiones políticas y de otras como ellas que se han adoptado desde la invasión por parte de Estados Unidos en 1915, que exacerbaban los desastres que Francia puso en marcha mientras se enriquecía robando y destruyendo su colonia más rica.

La administración Reagan se sintió particularmente satisfecha por el «alentador paso adelante» que se dio en Haití en 1985: el poder legislativo aprobó una ley que exigía que todos los partidos políticos reconocieran al presidente vitalicio, «Baby Doc» Duvalier, como árbitro supremo de la nación, proscribiendo a los demócrata-cristianos y otorgando al gobierno el derecho a suspender los derechos de cualquier partido sin dar ninguna razón. Este logro de los programas de Reagan para la «promoción de la democracia» permitió que la administración siguiera proporcionando ayuda militar al sanguinario y corrupto dictador que, con tanto éxito, estaba democratizando el país. Y la sentencia reaganiana sobre el progreso de la democracia no carecía por completo de mérito. La ley se aprobó por una mayoría del 99,98 por ciento, no muy diferente del 99,9 por ciento que había alcanzado el idealismo wilsoniano. Los cínicos podrían decir que la línea divisoria refleja el espectro de decisiones que se aprueban para nuestras dependencias, a medida que la política interna pasa de un extremo al otro.

Las primeras elecciones libres de Haití, celebradas en 1990, amenazaban los programas racionales impuestos por Washington y las instituciones financieras internacionales. La mayoría pobre entró en la arena política por primera vez y, con una mayoría de dos tercios, eligió a su propio candidato, el sacerdote populista Jean-Bertrand Aristide, ante la sorpresa y escándalo de los observadores, que no habían prestado casi ninguna atención a las amplias bases que se iban organizando en los barrios bajos y en las colinas, y daban

por sentado que Marc Bazin, el candidato a quien apoyaba Estados Unidos, un antiguo funcionario del Banco Mundial que monopolizaba los recursos y contaba con el apoyo de la élite rica, ganaría con total facilidad. Bazin consiguió el 14 por ciento de los votos. Durante el breve mandato de Aristide, la corriente de refugiados cambió de dirección; en lugar de unos refugiados que huían del terror y la represión y eran devueltos por la Guardia Costera de Estados Unidos (o, a veces, despachados a Guantánamo) en flagrante violación de las convenciones internacionales sobre los refugiados, los haitianos volvían a su país en ese momento de esperanza. En consecuencia, se produjo un cambio en la política de Estados Unidos con respecto a los refugiados: aunque eran pocos, ahora se les concedía asilo, ya que no huían de una dictadura sanguinaria a la que Estados Unidos aprobaba sino de un gobierno democrático al que Estados Unidos se oponía. Los acreedores internacionales elogiaron el éxito de Aristide al controlar la economía y reducir la hinchada burocracia y, en consecuencia, proporcionaron ayuda. La situación era peligrosa: Haití se dirigía hacia la democracia, apartándose de la órbita de Estados Unidos y adoptando medidas orientadas a las necesidades de la mayoría empobrecida, no de los ricos aliados de Estados Unidos.

Washington adoptó de inmediato los procedimientos operativos habituales en estos casos, desplazando la ayuda a la oposición, liderada por las empresas, y actuando para socavar el régimen de Aristide mediante otros mecanismos etiquetados como «promoción de la democracia». Unos meses más tarde, en septiembre de 1991, llegó el esperado golpe de estado militar, con la probable participación de la CIA, y encabezado por Emmanuel Constant, líder de la organización terrorista FRAPH (*Front pour l'Avancement et le Progrès Haitien*) que mató a miles de haitianos. Tiempo después la administración Clinton lo protegió contra la extradición a Haití, muy probablemente porque tenía demasiado que contar. Es probable que, por razones parecidas, las fuerzas de Estados Unidos enviadas a restablecer al presidente en 1994 confiscaran 160.000 páginas de documentos que la administración Clinton se había negado a entregar al gobierno democrático («para evitar revelaciones embarazosas»

sobre el apoyo de Washington a la junta militar y a la campaña para socavar la democracia, según aventuraba Human Rights Watch). La junta instauró un sanguinario reino del terror, con el apoyo de Bush padre e, incluso de manera más decidida, de Bill Clinton. El comercio entre Estados Unidos y Haití aumentó, infringiendo un embargo de la OEA (Organización de Estados Americanos), y se autorizó sin dar explicaciones a la compañía petrolera Texaco para que suministrara petróleo a la junta militar, lo que quebrantaba las directrices presidenciales. Ahora que Haití estaba en manos de una dictadura asesina al servicio de los ricos, la política con respecto a los refugiados volvió a la normalidad.¹¹

En 1994, Clinton decidió que, al parecer, la población estaba muy intimidada y que Aristide había sido «civilizado» por sus instructores estadounidenses, y envió fuerzas para restaurar al presidente elegido unos cuantos meses más en el cargo. Eso sí, bajo unas condiciones estrictas: debía aceptar un estricto régimen neoliberal, casi igual que el programa del candidato a quien apoyaba Estados Unidos, al que había derrotado ampliamente en las elecciones de 1990 y a quien la junta y sus ricos partidarios habían puesto en el cargo en 1992. Se bloquearon todos los esfuerzos de Aristide por disolver el ejército, que había sido un encarnizado enemigo de los haitianos desde su creación. También se impidió que Haití proporcionara cualquier tipo de protección a la economía. Los arroceros haitianos eran eficientes, pero no podían competir con las empresas agropecuarias de Estados Unidos que dependen de las enormes subvenciones del gobierno, gracias, en gran medida, a Reagan, ungido sumo sacerdote del libre comercio, sin tener en cuenta su historial de proteccionismo extremo e intervencionismo estatal en la economía. El *dumping* estadounidense, que Haití no podía impedir dadas las condiciones de racionalidad económica que se le impusieron, destruyó a otras pequeñas empresas.

Lo que sucedió a continuación no tiene nada de sorprendente: un informe de USAID de 1995 observaba que «el comercio dirigido a la exportación y la política de inversiones [impuesta por Washington] exprimirán de manera implacable al arrocero nacional», acelerando su huida hacia los barrios bajos, algo que tuvo un

espantoso desenlace en la catástrofe que causó el terremoto de enero de 2010 y se basó en las clases sociales, como muchas otras, pues golpeó sobre todo a los pobres, cuyas atroces condiciones de vida los hacen particularmente vulnerables. (Los ricos escaparon con pocos daños.) Mientras tanto, las medidas neoliberales desmantelaban lo que quedaba de la soberanía económica del país y lo empujaban a un caos acelerado por el bloqueo de casi toda la ayuda internacional que impuso Bush hijo, aduciendo razones cargadas de cinismo, que garantizaban la existencia del caos, la violencia y todavía más sufrimiento. Luego se produjo el regreso de los dos torturadores tradicionales de Haití, Francia y Estados Unidos, que derrocaron al gobierno en 2004, secuestraron al presidente democráticamente elegido (bajo la excusa de «rescatarlo») y lo enviaron a África Central. Desde entonces, Estados Unidos no hizo más que intentar eliminar a Aristide no sólo de Haití, sino también de todo el hemisferio. Desde entonces Haití carece de capacidad para alimentarse por sus propios medios, y es muy vulnerable a las fluctuaciones de los precios de los alimentos.¹²

A principios de 2008 estallaron disturbios por todo el mundo, como reacción por el brusco aumento de los precios de los alimentos. Los primeros se produjeron en Haití y Bangladesh, una coincidencia significativa para los que tienen memoria histórica. La desesperada situación de los pobres consiguió captar nuestra atención durante unos momentos, pero sin esa memoria histórica. Un año más tarde, el *Financial Times* de Londres recogía el anuncio del Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas, diciendo que iba a «disminuir las raciones de alimentos de ayuda y cerrar algunas instalaciones, ya que los países donantes, que se enfrentan a la hora de la verdad fiscal en casa, han reducido de manera drástica las aportaciones a sus fondos». Entre las víctimas estaban Etiopía, Ruanda, Uganda y otros países. El duro recorte de presupuestos llegó cuando el número de víctimas del hambre superaba los mil millones, con cien millones añadidos en los seis meses anteriores, mientras el precio de los alimentos subía y el envío de dinero a casa disminuía, como resultado de la crisis económica en Occidente.

En Bangladesh, el periódico *The New Nation* observaba:

Es muy revelador que ya se hayan gastado billones de dólares en poner parches a las principales instituciones financieras del mundo, mientras que, de la suma comparativamente pequeña de 12.300 millones de dólares prometida en Roma este mismo año para compensar la crisis alimentaria, sólo se han entregado mil millones. La esperanza de que, por lo menos, la extrema pobreza se pudiera erradicar antes de finales de 2015, como se estipuló en los Objetivos de Desarrollo del Milenio de Naciones Unidas, parece menos realista que nunca, pero ello no se debe a la falta de recursos, sino a la inexistencia de un auténtico interés por los pobres del mundo.

El informe del PMA (Programa Mundial de Alimentos) sobre la fuerte reducción de los ya magros esfuerzos occidentales para responder a la creciente catástrofe mereció 150 palabras en *The New York Times*, en una página interior, bajo el título «World Briefing» (Informe del mundo).¹³

La reacción no tiene nada de extraño. Al mismo tiempo, la ONU hizo públicos los cálculos con arreglo a los cuales la desertificación ponía en peligro la vida de mil millones de personas, mientras anunciaba el Día Mundial de la Lucha contra la Desertificación. Su objetivo era «combatir la desertificación y la sequía en todo el mundo promoviendo el conocimiento público y la puesta en práctica de convenios que se ocupen de la desertificación en los países miembros». ¹⁴ La campaña para aumentar la conciencia pública concluyó sin que la prensa nacional la mencionara. Como sucede en el caso de las repetidas catástrofes de Haití, cuya violencia es cada vez mayor, no se trata sólo de desastres naturales. Detrás está la mano del hombre, por lo general muy cerca de casa pero oculta por lo que se ha llamado acertadamente «ignorancia deliberada». ¹⁵

Por la misma época, la secretaria general de Amnistía Internacional, activista bangladeshí de los derechos humanos, Irene Khan, publicaba un libro titulado *The Unheard Truth* (La verdad no escuchada), en el que describía las condiciones de pobreza que afligen a tres mil millones de personas, la mitad de la población mundial, y la consideraba la más grave de las muchas crisis que afectan a los derechos humanos. ¹⁶ Estas crisis se deben a la acción humana, tanto al crearlas como al adoptar o rechazar medidas que podrían mi-

tigarlas o ponerles fin. La pobreza no es una excepción, y Haití es un ejemplo llamativo. La pobreza es, en gran medida, una creación humana, desde la ocupación francesa (dejando de lado a Colón y a los otros criminales que borraron rápidamente del mapa a la población indígena con un salvajismo indescriptible). También lo es la negativa a mitigar el desastre. Después del terremoto de enero de 2010 se celebró una conferencia de donantes en Montreal. Los participantes se negaron a tomar en consideración dos de las exigencias más urgentes para mejorar las horribles condiciones de Haití: condonar completamente la ilegítima deuda de Haití, una deuda «odiosa», de la cual la población no es en modo alguno responsable (por tomar prestado el concepto que inventó Estados Unidos para referirse a la «deuda» de Cuba con España, que Estados Unidos no quiso pagar después de haberse apoderado de Cuba en 1898), y reducir las subvenciones agrícolas de los países ricos, que han asestado un golpe mortal al sistema agrícola y han sido un acicate importante para la urbanización que es, en gran medida, responsable del colosal número de muertes que ha producido el terremoto.

Dos países no fueron invitados a la conferencia de Montreal: Cuba y Venezuela, dos de los principales participantes en la campaña de ayuda, en especial Cuba, que tenía cientos de médicos trabajando en Haití desde hacía muchos años y que envió a otros de inmediato, en una muestra más del auténtico internacionalismo de que ha hecho gala a lo largo de muchos años. A diferencia de los participantes de la conferencia de Montreal, Venezuela canceló al instante la considerable deuda de Haití por el petróleo que Venezuela le ha estado proporcionando a un precio reducido. Al inaugurarse la conferencia, Bellerive, el primer ministro de Haití, dio las gracias específicamente a Cuba, Venezuela y la República Dominicana (que sí que estaba invitada), que «acudieron de inmediato a ayudar a nuestro pueblo, afectado por el terremoto».¹⁷

Recordemos una observación hecha por Francis Jennings, que tuvo un papel importante desenterrando la auténtica historia de la destrucción de la población indígena de Estados Unidos de las profundidades a las que estaba relegada desde hacía mucho tiempo: «A lo largo de la historia, el hombre de la camisa de chorreras y el

chaleco con galones dorados consigue levitar, de alguna manera, por encima de la sangre que ha ordenado derramar a sus secuaces, los que se han manchado las manos».¹⁸ Es uno de los principios constantes de la historia intelectual.

Si miramos hacia el lado opuesto del mundo, los conquistadores británicos se quedaron atónitos ante la riqueza, la cultura y la depurada civilización de Bengala, que consideraron uno de los premios más suntuosos del mundo. El conquistador fue Robert Clive, cuya estatua da la bienvenida a los visitantes del Museo Victoria de Kolkata (Calcuta), un monumento a la violencia imperial británica y a la degradación de sus súbditos. Clive se quedó asombrado ante lo que encontró. Describió el gran centro textil de Dacca, ahora capital de Bangladesh, como «extenso, populoso y tan rico como la ciudad de Londres». Después de un siglo de dominación británica, la población había descendido de 150.000 a 30.000 personas y estaba volviendo a ser víctima de la malaria y la jungla. Adam Smith escribió que cientos de miles de personas morían todos los años en Bengala como resultado de las regulaciones británicas, que incluso forzaban a los agricultores a «arrancar ricos campos de arroz y otros cereales para plantar amapolas necesarias para la producción de opio», lo que convirtió «la penuria en hambruna». En palabras de los propios gobernantes: «No es fácil que la miseria encuentre un lugar en la historia del comercio. Los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de la India». El excelente algodón de Bengala se extinguió y su avanzada producción textil fue trasladada a Inglaterra. Es posible que Bangladesh no tarde en desaparecer, anegada por el creciente nivel del mar, a menos que las sociedades industriales, a las que ahora se han unido China y otros países en vías de desarrollo, actúen de forma decisiva para controlar y revertir la probable catástrofe medioambiental que han estado creando.

Haití y Bangladesh, que en un tiempo fueron las joyas rutilantes de la corona de sus respectivos imperios, son ahora el vivo símbolo de la miseria y la desesperación, unos hechos que seguro que escapan a la visión del «hombre de la camisa de chorreras y el chaleco con galones dorados».